

NAPOLÉON.

SONETO.

(IMITACION DE UN ANTIGUO.)

«Yo el poder de los reyes aniquilo;»
Bonaparte exclamaba: «me admiraron
Con asombro los pueblos, y temblaron,
Y al áureo sòlio me elevè tranquilo.»

«De sus augustos reyes el asilo
Profanar los egipcios me miraron,
Y vencidos huyendo, ensangrentaron
Las turbias olas del revuelto Nilo.»

«Yo al régio carro encadené la suerte,
Y es ya mi nombre de victoria emblema:
¿Quién grande fué cual yo, quién fué más fuerte?»

“¿Quién hay que humilde mi poder no tema?”
—«Yo»—le dijo tocándolo la muerte,
Y arrojó sobre el polvo su diadema.

CLEMENTE CANTARELL.

Delirios de amor.

A * * *

No en vano de tus ojos
La lumbre abrasadora
En lo íntimo del alma
Sus rayos reflejó;
No en vano de tus labios
La risa seductora
Al escuchar mis quejas
Mi amor acarició.
En el revuelto giro
De voluptuosa danza,
En ese mundo etéreo
De dichas y placer,
Bebí de tus encantos
La mágica esperanza.

Que aquí dentro del pecho
 Por siempre guardaré.
 Sentí de tus cabellos
 La nube vaporosa,
 Flotar sobre mi frente
 Marchita de pesar;
 Miré tu faz divina
 Sonriente y ruborosa
 Y ví de tu cintura
 La gracia sin igual.
 ¿Recuerdas? de tu seno
 Convulso y palpitante,
 Robaba los latidos
 Mi herido corazón;
 La dicha de poseerte
 Turbaba mi semblante,
 La pena de perderte
 Turbaba mi razón.
 Y así como del lago
 Que sus corrientes riza,
 A impulsos del aliento
 De vispero gentil,
 De tu divina boca
 La plácida sonrisa,
 Brotaba ardiente y pura
 Tan solo para mí.
 Entonces mi cerebro
 De amor magnetizado,

Latía comprimido
 De fúnebre temblor;
 Mi aliento respiraba
 Tu aroma delicado,
 Mi brazo acariciaba
 Tu cuerpo encantador. . . .
 ¿Por qué si solo vivo
 Mirándome en tus ojos
 Llevado de ese loco
 Y ardiente frenesí,
 Mis penas y mis lágrimas
 Provocan tus enojos,
 Sin que una frase tierna
 Consuele mi sufrir?
 ¿No ves en mis pupilas
 Nubladas por el llanto,
 Un mundo de esperanzas,
 Un cielo de ilusión?
 ¿No ves que se acrecienta
 Mi pena, mi quebranto,
 Si tú no me concedes
 La dicha de tu amor?
 Porque si el sol marchita
 Con su mirar de fuego
 La flor que en los jardines
 Lozana amaneció,
 La aurora la revive,
 Y en plácido sosiego

Devuélvele la vida
 Que aquel arrebató.
 Hay almas por el cielo
 Para adorar fundidas
 Que guardan en su seno
 Deliquio celestial,
 Hay almas que se mueren
 Si en una confundidas
 No apuran las delicias
 Del goce terrenal!
 Yo embriagaré tu vida
 Con el humor ardiente
 Que mane de mis labios
 En dulce frenesí;
 Yo quemaré en tus aras
 La antorcha refulgente
 Que nos calcine el alma
 Entre deliquios mil.
 Arrullaré tus sueños
 Con dúlcidas canciones
 Para que á tí no llegue
 El ruido mundanal,
 Y al escuchar sus tiernos
 Acompasados sonos,
 Mi vida con la tuya
 De amor se extinguirá.
 Y entonces ¿no comprendes
 Las horas de ventura

Que gozaremos juntos
 De dicha y de placer?
 Y en vez de lentos tragos
 De copa de amargura,
 Contigo los deleites
 De amor apuraré
 Verás cómo seduce
 El hombre que en su mente
 Conserva siempre fija
 Por tí dulce ilusión,
 Verás cómo levanta
 Su adolorida frente;
 Verás como se vive
 Al fuego de tu amor.
 No dejes que la duda
 Con su terrible mano
 Arranque de mi pecho
 Por siempre la quietud,
 No dejes que el destino
 Terrible é inhumano
 Del corazón creyente
 Maldiga la virtud!

Sensitiva.

A.....

¡Pálida estás! . . . tu frente nacarada
Tiene las huellas que el pesar imprime. . . .
Vaga es tu dulce, celestial mirada,
Y en vez de suspirar tu pecho gime.

¡Pálida estás! . . . tus labios antes rojos,
Cárdenos, tibios ya por la amargura,
Pétalos son que del clavel despojos
El sol robó colores y frescura.

Tu mejilla tan tersa, tan hermosa,
Colorada de nieves y carmines,
Ha borrado los tintes de la rosa,
Tiene la palidez de los jazmines.

Ayer te ví. . . purísima y galana,
Jugar, gozosa del jardín las flores,
Cuando la roja luz de la mañana
Bajaba entre lucientes resplandores.

Y ví en tu lábio angelical sonrisa
Vagar tranquila entre sus bordes rojos,
Dándole sus perfumes á la brisa,
Y á la rosa y clavel causarle enojos.

Tu planta gentilísima y ligera,
Se deslizaba sobre el césped blando,
Y cual si nadie tus encantos viera,
Tú contento también ibas cantando.

Pero ¡ah! te ví! . . . mi trémula mirada
Bebió en tus ojos de su rayo el fuego,
Sentí desfallecer mi alma angustiada,
Y dije: "¡te amo, te idolatro ciego!"

Y tú tornaste la mirada esquiva
Y ví nublarse tu nevada frentel.
Y cual la vergonzosa sensitiva
Plegaste tus encantos de repente.

Calló mi lábio. . . . sollozó mi seno,
Te quise contemplar. . . miré tu sombra. . . .
Tú diste á mi alma tu mortal veneno,
¡Sin embargo, mujer, mi voz te nombra!

ALFREDO HIGABEDA.

El dinero.

(SÁTIRA.)

Diga vd. lo que quiera señor mío,
 Pero yo le diré, con su licencia,
 Y se lo digo á vd. con experiencia,
 Que en este mundo fiero
 Lo que vale ante todo es el dinero.

No me diga que hay gentes de cordura
 Que prefieran al oro el buen talento,
 Por que le he de objetar que este es un cuento.

Figure vd., ¿cómo ha de ser posible
 Que reciban mejor en una casa
 A un ser indefinible,
 Con el sombrero negro por la grasa,
 Con un vestido sucio y desgarrado
 (Aunque tenga un ingenio despejado)
 Que un señor elegante,

Más tieso y petulante
 Que un mono orangután de la oceanía,
 Que usa coche y caballos todo el día,
 Viste á la última moda,
 Tiene fincas de campo, y por remate
 Guardados en su caja unos millones
 (Aunque en el fondo sea un botarate)?

Yo creo, señor y amigo,
 Y vd. tendrá de convenir conmigo,
 Que el último será más respetado,
 Cual se merece un hombre acomodado.

Pués qué, ¿será lo mismo
 Que prodigue el poeta los jazmines,
 Y ambrosía, y estrellas á millones
 Que prodigar "tomines"
 Y en los ratos de humor unos doblones?

Apuesto, señor mío,
 Aunque esto le parezca un desvarío,
 Pues vd., á mi ver, está soñando,
 Que si le ofrezco un canto de la iliada
 O una bolsa de plata rebosando,
 Prefiere vd. al canto susodicho,
 La bolsa de la plata . . . esto es seguro.

Dirá vd., me figuro
 Que la palabra rico
 Es sinonimo exacto de borrico,
 Pues jamas se ha leido en las historias
 Que un hombre de dinero
 Conquistase las glorias
 Del sabio, que proclama el mundo entero.

Diga vd. lo que quiera, no me opongo
 A que el rico sea un fardo de mondongo;
 Pero el mundo es ahora y siempre ha sido,
 Una turba de necios sin sentido
 Y prefiere á las rosas y jazmines
 Al arrullo y al néctar. . . . "los tomines."

Si nó ved una joven casta y pura
 Reina de la hermosura,
 Llegando ya á la edad de los amores,
 Sú pecho rebozando de ternura
 Y soñando con lucés y con flores. . . .
 Un vate se le acerca enamorado
 Y le brinda en torrentes de armonía
 A sus plantas amor apasionado!
 Ella al pronto se siente conmovida
 Al escuchar la dulce melodía
 Del poeta dichoso, y ya rendida
 Le dá su corazón; más de repente

Llega otro pretendiente
 Y le muestra de amor claras señales,
 Mezclando á los requiebros y suspiros
 Fincas, sedas, carruajes y zafiros,
 Y dentro de unos cofres «algo en reales.»

No tiene que dudar. . . echa al poeta
 A los diablos con todo y armonía,
 Y al brillo del dinero
 Se olvida del amor y la poesía.

Pero hay más: si algún rico
 Necesita morralla
 Para comprar un mono ó un perico,
 Nunca falta un canaya
 Que adulator le brinde con esmero

Su caudal, su bolsillo todo entero
 Aunque ignore quién es, y de ónde viene;
 Pero esto razón tiene,
 Y á mi ver es la frase de estampilla
 De «al que tiene caballo, le dán silla.»

Mientras un pobre vate en un apuro
 No encuentra quien le fie un triste duro,
 Y se le dificulta hallar un queso
 Aunque por él responda el mismo Creso.

Quisiera decir más; pero lo expuesto
 Me parece bastante, señor mío
 Para probar que en este mundo fiero
 Lo que vale ante todo es el dinero.

ANTONIO CARRION.

PAISAJE SURIANO.

DEDICADO Á LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION GIMENO
 DE FLAQUER.

Blanca, erguida, se levanta
 La torre del santuario
 De un lugar hospitalario
 Que á los viajeros encanta,
 Oculta en flores la planta,
 Su cabeza entre palmeras,
 La circundan hechiceras
 Chozas de bejuco y teja,
 Veladas por una reja
 De lianas enredaderas.

Turba la dulce alegría
 De tan rústico lugar

El relámpago al brillar
 Cuando va muriendo el día.
 El cielo la lluvia envía,
 Rompe el aquilón inquieto
 La enramada del cafeto
 Que con su calor agosta
 El rubio sol de la costa
 En el cultivado seto.

Pardas nubes amontonau
 Las montañas en la cumbre,
 Y rojas cintas de lumbre
 En el horizonte asoman.
 Las aves el vuelo toman,
 La tormenta se desata,
 Al cañaveral maltrata,
 El huracán destructor
 Que lo arranca en su furor
 En girones de la mata.

Aterrorizada grita
 La guacamaya salvaje;
 Lloro oculta en el follaje
 La tímida tortolita.
 Todo se mueve, se agita
 Cuando despliega su brío
 La tempestad del estío,
 Dando á la naturaleza

Un conjunto de grandeza
 Solemne, pero sombrío.

Ostenta sacra belleza
 El cielo fuego arrojando,
 Que descende desgajando
 Árboles de la maleza;
 Salen con rauda presteza
 Los faisanes altaneros
 Huyendo á los cocoteros;
 Los caimanes, aterrados,
 Se refugian espantados
 En los fangosos esteros.

Baja el torrente espumoso
 Por los peñones saltando,
 Mil cataratas formando
 Con un rugido espantoso;
 Afluye al río caudaloso,
 Arrastrando en su caída,
 Desde la choza destruida
 Hasta el incauto ganado
 Que pastaba descuidado
 En la sabana florida.

La campana del santuario
 Tañe lenta y vibradora

Rogación; de hinojos ora
 El venerable vicario.
 Queda el lugar solitario,
 Calles y plazas desiertas,
 Cerradas todas las puertas,
 Y en sus humildes hogares
 Rezan ante los altares
 Mujeres de miedo yertas.

Cesa de tronar el rayo,
 Sus rugidos calla el viento,
 Y en el punzante sarmiento
 Grita alegre el papagayo;
 Abandonan su desmayo
 Los pájaros placenteros
 Que entonan en los esteros
 Su cántiga vocinglera;
 La luna brota hechicera
 Entre gasas y luceros.

Los cocuyos que iluminan
 El arrozal pantanoso,
 Con vuelo vertiginoso
 Serpenteando caminan;
 Las nubes se difuminan,
 Cintilan como diamantes
 Las gotas de agua brillantes
 En el cáliz de las flores,

Produciendo sus colores
 Con la luna mil variantes.

Huyen volando medrosos
 Los vampiros á las grutas;
 Se perciben de las frutas
 Los aromas deliciosos.
 En los amates frondosos
 Grazna el tétrico mochuelo;
 En el copado ciruelo
 Un silbido que desgarrar
 Lanza la verde chicharra
 Revelando su desvelo.

Rápida como terrible
 Pasó la negra tormenta;
 Después, serena se ostenta
 La tibia noche apacible.
 Así el corazón sensible,
 Lastimado, agonizante
 Por el dolor de un instante,
 Vuelve risueño á la vida
 Si cauteriza su herida
 La mano de Dios amante.

JOSE MARIA VIGIL.

AMISTAD.

A MI QUERIDO AMIGO JOSE ROSAS.

En un desolado páramo,
Cubierto de ardiente arena,
Que de la fuente serena
Nunca oye el dulce rumor;

Donde en profundo cansancio
Sólo reposan los ojos
En estériles abrojos
Y en un sol abrasador:

En un inmenso desierto
Donde jamás se ha escuchado
Más voz que el eco irritado
Que forma el simoun cruel;

Plugo á los cielos que un día
Un pajarillo cruzara,
Y una semilla dejara
Perdida allí de laurel.

La fortuna bienhechora
El germen desarrollando,
Presto se vé levantando
Un tierno tallo gentil;

Y en sus ramas el follaje
Hace rápidos progresos,
Cual si sintiera los besos
De los céfiros de Abril. . . .

Parece que en torno suyo
Hay un perfumado ambiente,
Que su copa muellemente
Acaricia sin cesar.

Parece que al pié del tronco
Que entre guijarros descansa,
De un arrollo la honda mansa
Va en silencio á resbalar.

Aves de lindo plumaje,
Mariposas de alas de oro,
De lejos van el tesoro
Del yermo desierto á ver;

Y á competencia le ofrecen
 Sus caricias y su canto,
 Yendo en su florido manto
 Sus hijuelos á esconder.

Así tú, vate querido,
 En nuestro siglo naciste,
 Pues por desgracia viniste
 A un páramo, no á un verjel.

Que tu inspiración contrasta
 Del mundo con los rigores,
 Cual con la tumba las flores,
 Con el desierto el laurel. . . .

Bajo el árbol majestuoso
 Un mustio rosal se eleva,
 Que sólo entre espinas lleva
 Un delicado botón.

A él también el pajarillo
 Celebra y la mariposa:
 Pero no se abre la rosa
 Enferma del corazón. . . .

Es que se anida un gusano
 En su regazo inocente,
 Y roe incesantemente
 Los pétalos de la flor. . . .

Y las caricias del céfiro
 Halagarlos no podrian,
 Cuando encerrados morian
 Sin saber lo que es amor. . . .

El ramaje ya marchito
 Sacude el viento en su furia,
 Siendo de la rama injuria
 Lo que antes adorno fué.

Huyeron los chupamirtos;
 Huyeron los ruiséñores;
 ¡Quién puede decirle amores
 Si flores en él no vé! . . . :

Pero el pertinaz gusano
 Al botón se queda asido;
 Ya hasta el tallo ha carcomido;
 ¡Morirá! . . . ¡Pobre rosal! . . . !

Sólo un tronco amarillento
 Se alzará para memoria
 De la gala transitoria
 Del estéril arenal. . . .

La planta seca y tostada
Que nadie siquiera nombra,
A la protectora sombra
Sigüe del alto laurel;

Que si es grande su desdicha
Y grandes son sus enojos,
Del desierto en los abrojos
Ha hallado un amigo fiel.

Así yo feliz un día
Soñé lleno de esperanza,
Creyendo allá en lontananza
Una ilusión conquistar;

Pero el ponzoñoso diente
Del amargo desengaño,
¡Ay! muy pronto por mi daño
Sentí en mi pecho clavar . . .

Yo no envidio tu ventura,
Más antes con ella gozo:
Calla al verte mi sollozo,
Y al contemplarte, mi mal.

A tu lado siempre he hallado
El consuelo y el abrigo. . . .
Tú eres el laurel amigo,
Yo soy el triste rosál.

1860.

JUAN VALLE.

¡PADEZCO TANTO!

Cuánto me duele el corazón, Dios mío!
 Me devora en silencio el hondo hastío:
 Soy mártir, ¡ay de mí!
 Y resbalando lánguidas las horas
 Me recuerdan riendo mofadoras
 La dicha que perdí.

Murió del gozo la postrer sonrisa,
 Murió de mi jardín la última brisa
 Y la postrera flor;
 De mi dulce esperanza el ángel bueno
 Se retiró llorando de mi seno
 Al soplo del dolor,

De amarga juventud en el desierto
 Perdí las flores que corté en el huerto
 De la infeliz niñez;
 Volved, flores, piedad de mi agonía,
 Celoso de vosotras noche y día
 No os perderé otra vez.

Todas mis ilusiones adoradas
 Me lanzan al partir tristes miradas
 De lástima y bondad;
 Y se van... y se van... y ya me dejan...
 No partais, ilusiones... ya se alejan...
 ¡Piedad!... ¡piedad!... ¡piedad!...

En la rica estación de los amores,
 Vuelve al prado el Abril aquellas flores
 Que otoño le robó;
 Mas la esperanza que el pesar nos trunca
 ¡Ay! nadie nos la vuelve nunca, nunca,
 ¡Ay! nunca... lo sé yo.

Lloro, y el mundo aún risas me exige,
 Insultando la pena que me affige:
 Yo risas fingiré;
 ¿Por qué son ¡ay! los hombres tan crueles
 Que estando ya sin rosas mis vergeles
 Rosas quieren les dé?

No me exijáis que ría, sufro mucho:
 ¿Cómo reir, si con la pena lucho? . . .
 Tenedme compasión.
 Creedlo, mi alma rompe este quebranto,
 Mis ojos quema el reprimido llanto,
 Me duele el corazón.

Cuando ciñe el pensil noche de luna
 Y à su brillo la límpida laguna
 Parece suspirar;
 Y el céfiro, las fuentes y las hojas
 Tristes amores, duelos y congojas
 Parecen lamentar:

Cuando en las vagas tardes del estío
 En mí vierte el crepúsculo sombrío
 Grata meditación;
 Y en la torre de iglesia muy lejana
 Cual vespertina queja la campana
 Dá el toque de oración;

Es cuando goza el pecho algún consuelo,
 Pues todo me habla de un placer, de un cielo,
 De un dulce más allá,
 ¡Ay! de una eternidad de nueva vida,
 Promesa tan hermosa y tan querida
 ¿Cuándo se cumplirá?

De la existencia el áspero camino
 Debo cruzar cual pobre peregrino;
 Valor como hasta aquí:
 ¿Más por el mar del mundo de ola en ola
 Mi alma irá siempre sola, siempre sola?
 ¡Ay! es muy triste así.

Ni una esperanza en mi memoria existe
 ¡Y esto es muy triste, cielos, es muy tristel
 Por eso mártir soy,
 Y por eso mi ruta al ir siguiendo
 Siempre sufriendo, ¡oh Dios! siempre sufriendo,
 Siempre sufriendo voy.

Es muy breve la vida; sin embargo
 Cruzarla de este modo es tan amargo,
 Que es fuerza suspirar:
 La muerte que anhelante mi alma aguarda,
 Cuánto tarda ¡Dios mío! cuánto tarda,
 Cuánto tarda en llegar.

¡Ay! soy tan infeliz, padezco tanto,
 Es tan acerbo el silencioso llanto
 Tan rudo mi sufrir,
 Y en vano es que suspiros mi alma arroje,
 Que mis suspiros ¡ay! nadie recoje,
 Dejándolos morir.

¡Pobres suspiros míos! tiernas notas
Que alzan al estrellar las fibras rotas
Del mustio corazón.
Quejas que el alma penetrantes hieren.
¡Ayl los suspiros que ignorados mueren,
Tristes, muy tristes són.

¡Pobres suspiros míos! no entendidos,
Ecos de afectos no correspondidos,
Poemas de mi afán!
¡Pobres suspiros míos ignorados
Si aunque se oigan gemir son olvidados!
¿Adónde, adónde ván?

Quando las flores tan sensibles veo,
Yo me figuro y confiado creo
Que criaturas són,
Y mis secretos íntimos les digo,
Pues pienso yo que sufrirán conmigo,
Partiendo mi aflicción.

¿Qué amigas hay más dulces que las flores?
Decid, qué confidentes hay mejores?
¡Tan tiernos deben sér!
Yo les revelo mis ocultas penas,
Y como ellas sin duda son tan buenas,
Me han de compadecer.

¿De qué sirve que mi alma en su ternura
Forme entusiasta sueños de ventura
Si no se cumplirán?
A veces gozo en mi delirio loco;
Más esto es poco, cielos, es muy poco,
Para templar mi afán.

Es mucha de esos sueños la belleza;
Pero es más, mucha más mi honda tristeza;
Aún más es mi dolor,
Que huérfano de dicha y bienandanza
El virginal jazmín de mi esperanza
¡Ayl marchitóse en flor.

El Mayo cobrará sus auras leves,
El frío Enero cobrará sus nieves,
Vendrá el Abril detrás,
Pero su dicha y su pérdida calma
En el mundo jamás cobrará mi alma.....
¡Jamás!... ¡jamás!... ¡jamás!...

El insomnio y la pena aterradora
Mi triste lecho cerca á deshora
Viniendo no sé á qué,
Me dicen que se fué mi bien risueño
Y me repite con tenáz empeño:
¡Se fué! ¡se fué! ¡se fué!

Adios placer, adios maternos besos,
 Risas, juegos, perfumes, embelesos,
 La infancia os llevó en pós;
 Esperanzas, adios, adios visiones;
 Adios sueños, deleites, ilusiones,
 ¡Adios! ¡adios! ¡adios!

De mi dolor el misterioso acento
 Me dice que la dicha y el contento
 No probaré jamás,
 Que sólo llanto el porvenir encierra,
 ¿Sólo llanto hallaré sobre la tierra?
 ¿No más? . . . ¿no más? . . . ¿no más? . . .

Federico O. Jens.

EL CANARIO MUERTO.

Á MI QUERIDO AMIGO JUAN DE D. PEZA.

Eran todo el amor de María Elena,
 (Que aún no sabe lo que es el silabario,
 Y vive á toda pesadumbre agena)
 Su muñeca, su jaula y su canario.

El ave en su prisión, según me explico,
 Esperaba, al llegar su tierna amiga,
 Para obsequiar su regalado pico,
 Granos de alpiste y de su pan la miga.

Sintió la niña salpicar sus ojos
 Cuando el ave en su vaso se bañaba,
 Y éh vez de retirarlos con enojos,
 Con un gesto gracioso los cerraba.

En traje por demás estrafalario,
Esta mañana, sin temor alguno,
Se acercó hasta la jaula del canario
Para darle su diario desayuno.

Y al ver ya muerto entre las rejas de oro
Al objeto precioso de sus cuitas;
Cojiólo, derramando triste lloro,
Con cuidado en sus tiernas manecitas:

Y dijo á su Mamá, trás pena tanta,
En un tono inocente y afligido:
"¿Qué le pasa al canario que no canta?"
"¿Por qué, en su jaula lo encontré dormido?"

"En vano lo llamé para que espere"
"Las migas de mi pan con el alpiste,"
"Regáñalo, Mamá, ¿ya no me quiere?"
"Haz que no siga tan callado y triste."

La madre, entónces, que ocultar procura
A ese inocente corazón la pena,
La besa, y dice con sin par ternura:
"Acuéstalo en su jaula, María Elena"

La niña obedeció, mas cosa rara,
Deja al rorro que tanto la divierte,
De la jaula infeliz no se separa
Y espera que el canario se despierte.

FRANCISCO DE A. LERDO.

MI CULTO.

Cual es mi Dios, me preguntas,
Y cual la fé que me alienta,
Cual es el culto de mi alma,
Y cuales son mis creencias.

¡Mi Dios! sustancia sublime
Que nuestro sér alimenta,
Ocúltase en el sagrario
Del fondo de mi conciencia:
Allí existe, allí tan sólo
Su realidad se presenta
En la realidad que agitan
Su vida, su luz, su esencia;
Allí la fé que nos rige,
Fé que lo cierto demuestra,
Se dilata al santo impulso
De su voluntad excelsa,

Por culto del alma tengo,
 La memoria siempre nueva
 De la mujer más amada,
 De mi madre que ya es muerta.
 ¡Mi madre! Cuán amoroso
 Mi pecho su voz recuerda,
 Voz que formó al hijo un cielo
 Y al hombre legó una idea.
 ¡Perdóname! Era mi madre
 Tan cariñosa, tan buena,
 Que cuando de Dios te hablo,
 Tengo que hablarte de ella.

Hay en mi sér algo triste
 Que guardo como creencia,
 Y esta es la verdad que nace
 Cuando terminan las penas.

MANUEL ACUÑA.

—
AMOR.

—
INEDITA.

¡Amar á una mujer! sentir su aliento,
 Y escuchar á su lado
 Lo dulce y armonioso de su acento;
 Tener su boca á nuestra boca unida
 Y su cuello en el nuestro reclinado,
 Es el placer más grato de la vida,
 El goce más profundo
 Que puede disfrutarse sobre el mundo!
 Porque el amor al hombre es tan preciso,
 Como el agua á las flores,
 Como al querub ardiente el paraíso;
 Es el prisma de mágicos colores
 Que trasforma y convierte
 Las espinas en rosas,

Y que hace bella hasta la misma suerte
A pesar de sus formas espantosas.

Amando á una mujer, olvida el hombre
Hasta su misma esencia,

Sus deberes más santos y su nombre:

No cambia por el cielo su existencia;

Y con su afán y su delirio, lóco,

Acaricia sonriendo su creencia,

Y el mundo entero le parece póco.

Y quitadle al zenzontli la armonía,

Y al águila su vuelo,

Y al luminar espléndido del día

El azul pabellón del ancho cielo—

Y el mundo seguirá. . . .

Mas la criatura,

Del amor separada,

Morirá como muere marchitada

La rosa blanca y pura

Que el huracán feróz deja tronchada,

Como muere la nube y se deshace

En perlas cristalinas

Cuando le falta un sol que la sostenga

En la etérea región de las hondinas.

“¡Amor es Dios!” á su divino “fiat”

Brotó la tierra con sus gayas flores

Y sus selvas pobladas

De abejas y de pájaros cantores,

Y con sus blancas y espumosas fuentes

Y sus limpias cascadas

Cayendo entre las rocas á torrentes;

Pero brotó sin canto ni armonía. . . .

Hasta que el beso puro de Adán y Eva,

Resonando en el viento,

Enseñó á las criaturas ese idioma,

Ese acento magnífico y sublime

Con que suspira el cisne cuando canta

Y la tórtola dulce cuando gime.

“¡Amor es Dios!” y la mujer la forma

En que encarna su espíritu fecundo;

Él es el astro y ella su reflejo—

Él es el paraíso y ella el mundo. . . .

“Y vivir es amar.” Quien no ha sentido

Latir el corazón dentro del pecho

Del amor al impulso,

No comprende las quejas de la brisa

Que vaga entre los lirjos de la loma,

Ni de la virgen casta la sonrisa,

Ni el suspiro fugaz de la paloma.

“¡Existir es amar!” Quien no comprende

Esa emoción dulcísima y suave,

Esa tierna fusión de dos criaturas

Gimiendo en un gemido,

Con un goce gozando

Y latiendo en unisono latido. . . .

Quien no comprende ese placer supremo,

Purísimo y sonriente,

Ese miente si dice que ha vivido;
 Ese, si dice que ha gozado, miente.
 Y el amor no es el goce de un instante
 Que en su lecho de seda
 Nos brinda la ramera palpitante;
 No es el deleite impuro
 Que hallamos al brillar de una moneda
 Del cieno y de la infamia entre lo oscuro;
 No es la miel que provoca
 Y que deja, después que la apuramos,
 Amargura en el alma y en la boca.
 Pureza y armonía,
 Angeles bellos y hadas primorosas
 En un Edén de luz y de poesía,
 En un pensil de nardos y de rosas,
 Todo eso es el amor. . . .

Mundo en que nadie
 Llora ó suspira sin hallar un eco;
 Fanal de bienandanza
 Que hace que siempre ante los ojos se lie
 La viva claridad de una esperanza.
 El amor es la gloria,
 La corona esplendente
 Con que sueña del genio el alma grande
 La virgen sonriente
 Que pulsa el arpa ó el acero blande.
 El Petrarca sin Laura,
 No fuera el vate de sentido canto

Que hace brotar suspiros en el pecho
 Y en la pupila llanto.
 Y el Dante sin Beatriz no fuera el poeta
 A veces dulce y tierno,
 Y á veces grande, aterrador y ronco
 Como el cantor salido del infierno. . . .
 Y es que el amor encierra
 En su forma infinita
 Cuanto de bello el universo habita,
 Cuanto existe de ideal sobre la tierra.
 Amor es Dios, el lazo que mantiene
 En constante armonía
 Los séres mil de la creación inmensa;
 Y la mujer la diosa,
 La encarnación sublime y sacrosanta
 Que la pradera con su olor incienso
 Y que la orquesta del Supremo canta.
 ¡Y salve, amor! emanacion divina. . . .
 . . . Tú mas blanca y mas pura—
 Que la luz de la estrella matutina!
 ¡Salve, soplo de Dios!
 Y cuando mi alma
 Deje de ser un templo á tu hermosura,
 Ven á arrancarme el corazón del pecho,
 Ven á abrir á mis pies la sepultura.

México, Enero de 1869.

INDICE.

	Págs.
José Rosas Moreno.—Biografía.....	5
¡Quién pudiera vivir siempre soñando.....	10
La Juventud.....	12
El Zentzontle.....	16
La vuelta á la aldea.....	22
Recuerdos de la Infancia.....	27
Dios.....	30
A la memoria de la eminente poetisa americana Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.....	38
Profesión de Fè.....	44
En el Album de mi hermana....	50
La Primavera.....	52
Napoleón.....	56
Clemente Cantarell. — Deliquios de Amor.....	57
Sensitiva.....	62
Alfredo Higareda—El Dinero.....	64
Antonio Carrion—Paisaje Suriano... ..	69
José M. Vigil—Amistad.....	74
Juan Valle—Padezco tanto!.....	80
Federico C. Jens.—El Canario muerto.....	87
Francisco A. Lerdo.—Mi culto.....	90
Manuel Acuña.—Amor.....	92